

EL DESTIERRO DE UNAMUNO Y EL ATAQUE A LA INTELIGENCIA

Un episodio clave no sólo de la vida de Miguel de Unamuno, sino del desarrollo de las libertades cívicas en España fue el destierro del escritor a las Islas Canarias, en febrero de 1924, por orden del Directorio Militar, presidido por el general Miguel Primo de Rivera, con la ayuda de su eminencia gris, Severiano Martínez Anido y el apoyo del rey Alfonso XIII. La orden de desterrar a Unamuno puso de manifiesto el conflicto personal entre éste y el rey, el cual iba creciendo desde hacía casi una década, así como el conflicto simbólico entre dos fuerzas culturales antagónicas en un ambiente de ignorancia e indiferencia nacionales.

El derrumbe de España

Desde la primera guerra mundial hasta la caída de la monarquía, España padeció una situación perpetua de crisis interior que, en gran parte, se debía a la personalización de la monarquía en el rey Alfonso XIII. Sentía éste una necesidad de rodearse de hombres relativamente dóciles que garantizaran la permanencia de su reinado. Puesto que no concebía la monarquía como verdaderamente constitucional, se dedicó a una política que con frecuencia prescindía tanto de la opinión pública como de la de sus ministros y de las Cortes. Entre los que dirigían los asuntos nacionales, faltaban visionarios capaces de imponer su originalidad a fin de establecer un nuevo orden moral. El resultado fue un ambiente de manipulación cínica que inspiraba poca confianza en los procedimientos gubernamentales. En consecuencia, se iba acentuando poco a poco una separación entre los intelectuales —en gran parte liberales— que apenas figuraban en la vida política, y el Poder, monárquico y conservador.

Uno de los que más lucharon contra esta fragmentación social, y justamente como hombre reputado por su inteligencia, fue Unamuno, quien, después de su destitución como rector de la Universidad de Salamanca en 1914, había vuelto a la política activa. Unamuno vio que el pueblo, generalmente mal educado, no comprendía la situación verdadera del país y se resignaba, dándose a una «siesta eterna» que convenía a la monarquía: «Un Tibet occidental se quería y se sigue queriendo hacer de nuestra España. Nada de extravagancias, nada de originalidad, nada de espontaneidad de

pensamiento, sino todo a regla y compás. Ni siquiera repensar lo que hayan pensado»¹. Creyendo que el intelectual tenía un deber sagrado de dedicarse al progreso espiritual de la patria, sobre todo cuando la inteligencia se veía asaltada por los niveles más altos del gobierno, se dedicó Unamuno a atacar la personificación de la monarquía en Alfonso XIII, tendencia que, junto a la inepticia y duplicidad de su manera de gobernar, le pareció peligrosa. Se valió del ejemplo de Ernest Renan, quien dijo «que la tristeza sólo es fecunda en grandes cosas y que el verdadero medio de levantar a nuestro país es mostrarle el abismo en que está»².

Sin embargo, fue este mismo intelectualismo lo que más le alejó a don Miguel del vulgo e hizo relativamente ineficaz su participación directa en el desarrollo político de España antes del golpe de estado del general Primo de Rivera en septiembre de 1923. Ramón Pérez de Ayala definió acertadamente su posición:

De una parte, el pueblo no le comprende intelectualmente, bien que recibe la sensación de hallarse en contacto con una inteligencia superior. El hombre sencillo se pregunta: «¿si votamos al señor Unamuno, qué votamos? ¿La enemiga al rey; la enemiga al gobierno? Es bien poca cosa, sin más». De otra parte, el pueblo, gran zahorí, adivina que la preocupación exclusiva del señor Unamuno no es el amor al prójimo, sino el amor propio, bien que recibe la sensación de que es este un amor propio desinteresado y de hallarse en presencia de un hombre puro y sin tacha. En resolución, al señor Unamuno se le admira y se le respeta; pero no se le sigue³.

Desde su púlpito en los diarios y revistas más leídas del momento, el efecto que tuvieron las palabras de Unamuno en sus víctimas dio a sus ideas una resonancia de que carecían entre el pueblo, y su percepción y originalidad expresiva le dieron todo un batallón de enemigos poderosos que veían en él la encarnación de la opinión liberal y la inestabilidad que la inteligencia libre podría provocar.

Unamuno creía que el mayor mal de la monarquía alfonsina era su falta de honradez frente al pueblo y la consideró «un régimen que se sostenía sobre la mentira. Si se quería llevar a la nación a una empresa que le repugnara, no se encontraba otro medio que llevarle con mentiras y con engaños»⁴. Se refería concretamente a la campaña militar en Marruecos, pero

¹ UNAMUNO, Miguel de: *La siesta eterna*, «España», núm. 321, 20 de mayo de 1922, p. 5.

² UNAMUNO: *La fe de Renan*, «Los Lunes de "El Imparcial"» (Madrid), 11 de marzo de 1923; en *Obras completas*, ed. Manuel García Blanco (Madrid: Escelicer, 1966), IV, 1307.

³ PÉREZ DE AYALA, Ramón: *Unamuno*, «La Prensa» (Buenos Aires), 6 de abril de 1924, p. 10.

⁴ UNAMUNO, *El deber del profeta*, «Nuevo Mundo», 26 de octubre de 1923; en

también podría aplicarse el juicio a la supuesta neutralidad de España durante la primera guerra mundial. En un sentido más amplio, Unamuno declaró esta deshonradez equivalente a un desprecio abierto de la inteligencia del pueblo e insistió en la necesidad de decirle la verdad, de provocarle y de hacerle participar plenamente en la vida nacional: «Con nuestro '¿Qué más da?', con nuestro *¡nichevo!*, vamos a la nada, al vacío histórico, a la muerte civil colectiva. Y tiene uno que pegarse fuego a sí mismo para poder alumbrar a los demás. ¡Pasión, Señor, pasión!»⁵. Los monárquicos no tenían armas contra los ataques de Unamuno y trataron de tacharle de ambivalencia y abuso de inteligencia, como observó Luis Araquistain en abril de 1922: «Muchos monárquicos, serviles con el trono, han tratado de desprestigiar a nuestro gran artífice de la palabra, sacrificando sus deberes de lealtad monárquica a una pasión más honda e irrefrenable, cual es el odio a la inteligencia»⁶.

El ataque fue aún más asombroso cuando se considera que el mismo rey, buscando el apoyo de Unamuno, le invitó a Palacio en abril de 1922. En general, la reacción a la visita fue hostil y el prestigio personal de don Miguel sufrió mucho, dado que muchos liberales creyeron que éste se había dejado seducir por la monarquía y el Poder. El mismo artículo de Araquistain resume la situación: «Quede declarado ante todo que, a mi parecer, obró erróneamente D. Miguel de Unamuno yendo a Palacio», porque le pareció que se había frustrado así «otro mito heroico, acaso el más puro y egregio desde Costa». Sin embargo, admitió que «las mayores diatribas contra Unamuno por su visita a Palacio han venido de las derechas»⁷. Según el mismo Unamuno, quien se vio obligado a repetirlo mucho, fue a Palacio, «no a ofrecer sus servicios a la dinastía, sino como personero del pueblo a exponer las quejas y agravios de éste; a oír al rey y a decirle todo lo que había dicho fuera de allí»⁸. Admitió, sin embargo, que salió de Palacio más preocupado que antes y prometió seguir abogando por «la libertad, la democracia, el régimen de publicidad y la reforma constitucional»⁹, porque creía que al rey sólo le importaba su prestigio personal. Meses después dijo: «sentí que la dinastía reinante es profundamente anticonstitucional y antiliberal y que no había aquí mayor contrasentido que lo que don Santiago Alba llamó República Corona»¹⁰.

O. c., VII, 671. Véase también *El reino de la mentira*, «España», núm. 356, 10 de febrero de 1923, pp. 2-3.

⁵ UNAMUNO: *¿Qué más da?*, «Nuevo Mundo», 14 de abril de 1922; en O. c., III, 792.

⁶ ARAQUISTAIN, Luis: *El héroe histórico*, «España», núm. 317, 22 de abril de 1922, p. 5. Véase también otro artículo del mismo autor, *Apología de Unamuno*, «España», núm. 316, 15 de abril de 1922, pp. 5-6.

⁷ *Ibid.*, pp. 5-6.

⁸ *Unamuno trata de justificarse*, «La Libertad» (Madrid), 13 de abril de 1922, p. 1.

⁹ *Ibid.*

¹⁰ UNAMUNO: *La sacudida*, «La Nación» (Buenos Aires), 30 de enero de 1924,

Esta visión escéptica por parte de don Miguel no se limitaba a la monarquía de Alfonso XIII, sino que se extendía a toda la vida política de la posguerra, manifestación preocupante del derrumbe de España. Si el papel de la inteligencia y la buena fe no se percibía en la conducta real, tampoco se entreveía en los partidos contemporáneos y Unamuno rehusó toda participación directa en sus actividades. En mayo de 1922 se explicó:

En nuestros partidos políticos, en nuestra política, en efecto, lo que menos importa son las ideas, las verdaderas ideas, del hombre representativo. Es más: el que piensa, el que real y verdaderamente piensa por sí mismo, lo primero que defiende es la libertad de pensamiento, su propia libertad de pensamiento, y ésta no cabe en partido político ninguno. Un pensador libre —que no es lo mismo como un librepensador— es siempre un hereje y todo partido político es dogmático y constituye iglesia ¹¹.

Fue otra la misión que se había propuesto Unamuno y por eso se dirigió a un público más amplio del que le pudieran ofrecer los dogmas de partido. Creía que ningún intelectual de buena conciencia debía aceptar una etiqueta mientras el nivel moral de los partidos y la preparación del pueblo quedaran tan bajos: «Y un pensador político no puede ser nunca hombre de partido, a menos de renunciar a pensar. Porque los hombres de partido político no piensan políticamente. Son, a lo sumo, abogados del pensamiento, pero no legisladores de él. Aplican dogmas, pero son incapaces de crear ideas» ¹². Todavía faltaba la libertad necesaria para la evolución intelectual y la verdadera discusión abierta al nivel nacional.

En diciembre de 1922, percibió que la degeneración continuaba y que la inteligencia como fuerza política se menospreciaba cada vez más. Dirigiéndose a Azorín, conservador, publicó en *España* una de las expresiones más claras de su visión del problema en los meses antes del golpe de estado:

No sabe usted bien, mi querido amigo, lo que esto va entenebreciendo estos años, acaso los últimos, de mi vida plenamente consciente. La estupidez ambiente que corroe a esta España de la Tras-Regencia me quita toda esperanza de ver salir el sol de la justicia. Para cohonestar el régimen de injusticia y arbitrariedad despóticas no oigo sofismas

p. 6. La visita a palacio tuvo repercusiones en el momento del destierro, cuando el gobierno publicó la nota siguiente: «... no es tolerable que un catedrático, ausentándose continuamente de su cátedra y fuera de su misión, ande haciendo propagandas disolventes y desacreditando de continuo a los representantes del Poder y al propio soberano, que *tan benévola y noble acogida le dispensó en su palacio*» (subrayado nuestro), «El Socialista» (Madrid), 20 de febrero de 1924, p. 4.

¹¹ UNAMUNO: *Literatura y política*, «Nuevo Mundo», 12 de mayo de 1922; en *O. c.*, VII, 804. Véase también *Político de partido*, «España», núm. 324, 10 de junio de 1922, pp. 4-5.

¹² *Ibid.*

sutiles o ingeniosos; no oigo sino sandeces tradicionales. Frente a las paradojas no oigo sino majaderías¹³.

No fue su intención criticar el tradicionalismo español, sino el oscurantismo de los elementos conservadores por los cuales no disimulaba su desdén: «La conservaduría española representa la más profunda degradación de la inteligencia... Ni la tiranía, ni la cobardía, ni el despotismo me sobrecogen tanto como esa densísima niebla de estupidez que los conservadores han hecho caer sobre España»¹⁴. Las derechas monárquicas querían proteger al rey de los posibles efectos del expediente Picasso que tenía por fin determinar las responsabilidades por la trágica derrota del ejército español en Annual¹⁵. Era casi cierto que se implicaría al rey, y Unamuno creyó que la oposición socialista representaba la única fuerza moral en las Cortes, puesto que sólo ella se daba cuenta de la necesidad de establecer un nuevo tono en el país y, por lo tanto, de mantener viva la discusión sobre el expediente. Sólo los intelectuales —liberales como él, o conservadores como Azorín— podrían galvanizar la opinión pública y proteger la patria de las fuerzas oscuras que la amenazaban: «¿No cree usted, mi buen amigo, que debemos formar una falange contra los avances y ataques de la tontería sobreexcitada, de la ramplonería agresiva, de la brutalidad mental?»¹⁶.

Unos meses más tarde, precisó Unamuno el problema, echando gran parte de la culpa a los intelectuales mismos que no habían tomado la iniciativa necesaria para entrar directamente en la participación política y ejercer sus responsabilidades: «Actualmente en España los intelectuales están aterrados de las causas que defienden. Las causas se les vienen encima y amenazan aplastarlos. Los unos sienten miedo de la revolución; los otros de la dictadura. Han ido demasiado lejos y el carro les arrastra»¹⁷. Tanto los liberales como los conservadores huían de sus responsabilidades y Unamuno rechazó el concepto de un gobierno de mediocres y tontos, observando: «Hay que creer muy poco en la buena intención de las medianías. Y en cuanto a los tontos, a los francamente tontos, sabido es que no son buenos. La tontería es una enfermedad moral. El tonto es tonto porque no es bueno. El bueno de corta inteligencia no llega a tonto. Se queda en discreto»¹⁸. Sería arriesgado afirmar que Unamuno atribuía la bondad sólo a

¹³ UNAMUNO: *El mal más grave*, «España», núm. 349, 23 de diciembre de 1922, p. 5.

¹⁴ *Ibid.*

¹⁵ Véase *La crisis de la irresponsabilidad*, «España», núm. 346, 2 de diciembre de 1922; *El anacoreta en 1922*, «Nuevo Mundo», 22 de diciembre de 1922, en *O. c.*, VII, 663.

¹⁶ *El mal más grave*, loc. cit.

¹⁷ UNAMUNO: *Cuesta abajo*, «Nuevo Mundo», 22 de junio de 1923; en *O. c.*, VII, 811.

¹⁸ UNAMUNO: *La moralidad artística*, «La Nación» (Buenos Aires), 19 de agosto de 1923; en *O. c.*, IV, 1414.

los intelectuales pero, como Platón, creía que el hombre inteligente podía reconocer más fácilmente la causa justa y, por lo tanto, tenía una carga más pesada que la del mediocre cuyo deber era seguir. Pero los intelectuales permanecían en la impotencia.

El manifiesto «pornográfico»

El 12 de septiembre de 1923, el golpe de Primo de Rivera y el manifiesto que lo anunció provocaron en Unamuno una profunda toma de conciencia. En un esfuerzo por subrayar la necesidad de acción firme para resolver la crisis política y dar una solución «pronta, digna y sensata» al problema de Marruecos, el manifiesto contenía una frase clave que le reveló a don Miguel toda la deficiencia mental de Primo y sus seguidores: «Este movimiento es de hombres: el que no sienta la masculinidad completamente caracterizada, que espere en un rincón, sin perturbar los días buenos que para la patria preparamos. ¡Españoles! ¡Viva España y viva el Rey!»¹⁹. Un año antes Unamuno ya había observado esta tendencia cuando declaró en un discurso pronunciado en Valencia: «Se nota en la postguerra un sentimiento de cansancio en casi todo el mundo... Hay una civilización, que acaso se está deshaciendo... Los ideales son sustituidos por los apetitos, y ya no sé yo si es siquiera el estómago o algo peor lo que domina»²⁰. Todo lo que temía se hizo concreto en el manifiesto y, como haría durante su destierro, atacó enseguida tanto el tono «bochornoso» y «pornográfico» del manifiesto como la flagrante incapacidad intelectual de su autor: «aquel documento ...sólo pudo haber brotado o de una hora de anormalidad anímica o de un impulsivo peliculero con una inteligencia debajo de la mediana»²¹. Entonces ofreció una verdadera alternativa a la fuerza bruta desencadenada por el Directorio Militar: «Ahora, en momentos críticos para el

¹⁹ El texto completo del manifiesto se encuentra en todos los diarios españoles de la época, y también en ORTEGA Y GASSET, Eduardo: *España encadenada: La verdad sobre la dictadura* (París: Juan Durá, 1925), p. 141; DÍAZ-PLAJA, Fernando: ed., *El siglo XX: Dictadura... República* (Madrid: Instituto de Estudios Políticos, 1964), pp. 911; GARCÍA-NIERO, María Carmen; DONÉZAR, Javier M.; LÓPEZ PUERTA, Luis, eds., *La Dictadura: 1923-1930* (Madrid: Guadiana, 1973), pp. 53-56. Una curiosa justificación del estilo del manifiesto fue ofrecida por el escritor belga, Maurice Bekaert, en su folleto *L'Espagne et le Directoire* (Bruselas: Jos. Flament, 1924): «Addressées à civils, population méridionale très sensible à une phraséologie imagée et familière, ces notes constituent de vrais exposes de jugement, lorsqu'il s'agit de mesures personnelles. Elles fournissent par des explications abondantes l'occasion au public, qui ne se désintéresse pas entièrement de la politique, de suivre le développement de celle-ci mieux que par les discussions parlementaires à l'étiage où celles-ci sont en général tombées» (p. 22). Bekaert considera a Unamuno como «littérateur de talent, mais fantasque et assez peu équilibré» (p. 19).

²⁰ UNAMUNO, Discurso en la Casa de la Democracia, de Valencia, 7 de septiembre de 1922, O. c., IX, 375.

²¹ UNAMUNO: *Un pronunciamiento de cine*, «La Nación» (Buenos Aires), 21 de febrero de 1924, p. 6.

porvenir de la civilización española, en momentos que han de marcar uno de los hitos de nuestra historia, volvemos a afirmar el valor de la inteligencia. Y que no hay valor sin inteligencia»²². Así rechazó por completo la sugerencia de que las masculinidad y la potencia nacional se completaban y que toda crítica revelaba debilidad y una falta de patriotismo. En otro artículo publicado en aquellos momentos difíciles, lanzó un grito dolorido: «¡Señor, Señor! ¡Tú que creaste con 'la' palabra y no con 'el' brazo, el mundo, protege la Inteligencia de España! ¡Tu justicia es inteligencia, Señor; juzga a España!»²³.

Este grito se convirtió en verdadera polémica cuando Ramiro de Maeztu, que se había aliado inmediatamente con el nuevo régimen, contestó en un artículo titulado «Masculinidad»:

Pide a Dios el señor Unamuno que proteja a la Inteligencia de España, y escribe Inteligencia con mayúscula. ¡Dios la proteja- ¡Dios la perdone! Porque su pecado, «¡lenguas sin manos.», consiste precisamente en no haber comprendido que los guardianes de la república de Platón han de ser «tan guerreros como filósofos». No ha visto, en suma, que la masculinidad no es meramente un don, sino una virtud del espíritu, que se cultivará cuando se santifica su nombre, que se descuidará cuando se menosprecia²⁴.

Aunque Unamuno creía que la filosofía estaba ya en vía de desaparición bajo las botas del militarismo y en nombre de un patriotismo hueco, no dio por vencida la inteligencia:

Siempre, y ahora más que nunca, hay que proclamar la primacía de la inteligencia, que es humana, por encima y por debajo de groseras categorías sexuales. Son Don Quijote, el casto, y su Dulcinea los que nos unen a los pueblos que en la lengua quijotesca pensamos y sentimos, y no el botarate de Don Juan Tenorio, el calavera, el peliculero, el que pudo inspirar a Schopenhauer sus ideas sobre los españoles... Sólo la inteligencia puede salvarnos²⁵.

El conflicto con el rey sobre la honradez gubernamental y la monarquía constitucional perdió importancia frente al mal más grave, la desculturización de España.

Maeztu tampoco se dejaba convencer y trató con despecho las ideas de Unamuno: «Ayer veíamos que el Sr. Unamuno no quiere nada con la

²² UNAMUNO: *A los treinta y dos años*, «El Liberal» (Madrid), 3 de octubre de 1923; en *O. c.*, VIII, 514.

²³ *Ibid.*

²⁴ MAEZTU, Ramiro de: *Directes: Masculinidad*, «El Sol» (Madrid), 6 de octubre de 1923, p. 1.

²⁵ UNAMUNO: *Matriotismo*, «Nuevo Mundo», 5 de octubre de 1923; en *O. c.*, IV, 1394.

masculinidad, con la 'andreaia', con Atenas y Esparta; ahora resulta que tampoco quiere nada con el fruto, con el Reino, con Jerusalén. ¿Con quién entonces? ¿Con los políticos depuestos? Preferible es su antigua soledad arisca a verle, a sus años, en malas compañías»²⁶. Pocos días más tarde Maeztu volvió al asalto, intentando demostrar, como lo haría el mismo Primo de Rivera, que las ideas de Unamuno no merecían la influencia que se les solía atribuir, y trató de revelar una ambivalencia peligrosa en las predicaciones de don Miguel: «Hace años que anda enfrascado el Sr. Unamuno en la tarea de querer crear el mundo con la pura inteligencia. Después de haber profesado durante dos o tres décadas las ideas de los voluntaristas, ahora se ha pasado a las contrarias»²⁷.

El desprecio conservador encontró su contrapeso entre los liberales, como Cipriano Rivas Cherif, quien publicó en *España* una «Carta abierta a don Miguel de Unamuno», donde defendió a la inteligencia, diciendo: «He aquí un camino libre por el que debe usted ir el primero al frente de cuantos consideran único este momento para unir los esfuerzos del pensamiento en salvaguardia de la *res publica*»²⁸. Era justamente la «falange» de intelectuales de que Unamuno había hablado a Azorín. La carta terminó con un desafío abierto a don Miguel, urgiéndole seguir el único camino posible en momentos de estricta censura que imposibilitaba el libre cambio de ideas: «sepamos, ya que no se puede hablar, unirnos en una comunión de pensamiento libre, todos aquellos a quienes no por callados —a la fuerza ahorcan— puedan arrancarnos el dolorido sentir. Y puesto que hace falta un hombre, séalo usted de nuestra idea»²⁹. El mismo Unamuno reconocía que faltaba un hombre y no se reveló indiferente a la sugerencia de Rivas Cherif pero, queriendo dotar ahora la misión de un claro fin político, respondió: «dispuesto estoy a seguir en la vanguardia de los que se esfuerzan por salvar la *res publica* que dice el señor Rivas Cherif, por traer la república, que es más claro»³⁰.

Es evidente que Unamuno se dio cuenta que la distinción hecha por el Directorio Militar entre el llamado antiguo régimen y el nuevo era artificial y destinado a engañar, una vez más, al pueblo. La presencia del rey detrás del golpe era patente y negarla sería someterse al anti-intelectualismo del monarca y su gobierno. Si el Directorio deseaba efectuar la renovación que había prometido, debía alejarse de tal política para buscar y aprovechar el

²⁶ MAEZTU: *Diretes: el fruto y la flor*, «El Sol» (Madrid), 8 de octubre de 1923, p. 1.

²⁷ MAEZTU: *Diretes: Andreaia*, «El Sol» (Madrid), 17 de octubre de 1923, p. 1.

²⁸ RIVAS CHERIF, Cipriano: *Carta abierta a don Miguel de Unamuno*, «España», núm. 391, 13 de octubre de 1923, p. 3.

²⁹ *Ibid.*

³⁰ UNAMUNO: *¿Qué más se quiere de mí?*, «España», núm. 394, 3 de noviembre de 1923, p. 1.

apoyo de los intelectuales; pero esto sería admitir que el golpe, al igual que el antiguo régimen, se fundaba en un embuste. La inteligencia era una función inseparable de la verdad y la justicia. «La inteligencia debe estar al servicio de la verdad. El fin propio de la inteligencia es la verdad. El deber de la inteligencia es entender la verdad. Y para ir a la verdad, el camino es la crítica. El deber de la inteligencia es, pues, criticar»³¹. Para Unamuno, esta obligación debía estar implícita en cualquier régimen.

La personalización del conflicto

El presidente del Directorio nunca logró comprender a Unamuno, cuyos esfuerzos políticos le parecían arabescos intelectuales destinados a destruirles tanto a él como al rey. La interpretación fue parcialmente acertada, pero el blanco de don Miguel era toda una situación de decadencia moral: «vivimos en tiempos en que la verdad y la mentira se cotizan en Bolsa; en que un engaño puede hacer subir o bajar los fondos públicos, de cuyas oscilaciones viven los agiotistas, vivimos en tiempos de crédito mercantil. Y de descuento. Y en estos tiempos de operaciones a crédito y plazo, el ocultar la verdad, que suele ser una manera, y la más perniciosa, de falsearla, puede conducir a un negocio»³². Consideraba que su deber no era aplaudir, puesto que todo gobierno era capaz de mostrar entusiasmo por sus propias acciones, sino mantenerse como símbolo de la conciencia nacional en «estos días de torpísima cobardía pública que corremos en España» (33). Ni Primo ni el Rey habían creado esta situación, pero ambos eran una manifestación de ella.

Por su parte, Primo sabía que perdía el sentido de mucho de lo que decía Unamuno y temía que las declaraciones de don Miguel tuvieran una importancia que él no captara. Refiriéndose a Unamuno en una entrevista publicada por *El Liberal* de Bilbao en febrero de 1924, afirmó el general que «se trata de un señor cuya labor ha sido totalmente negativa. Y no con este gobierno, el más modesto de todos, sino con los anteriores. Nunca aplaudió medida alguna y sí sólo lo criticó todo, pareciéndole malo todo cuanto se hacía»³⁴. Según Carlos Esplá, entre otros testigos contemporáneos, Primo ignoraba totalmente la obra de Unamuno, aparte de sus colaboraciones periodísticas: «A todo esto, el dictador no sabía quién es Unamuno. Lo creía un pobre profesor de griego, atacado de la chifladura de escribir en los periódicos. No sospechaba lo que era don Miguel dentro y fuera de España. Para la juventud universitaria española, Unamuno era el maestro

³¹ UNAMUNO: *El deber del profeta*, loc. cit.

³² *Ibid.*, p. 672.

³³ UNAMUNO: *Recordando a Pereda*, III, «La Nación» (Buenos Aires), 28 de octubre de 1923; en *O. c.*, I, 527.

³⁴ *Dialogando con Primo de Rivera*, «El Liberal» (Bilbao), 27 de febrero de 1924, p. 1.

auténtico. Para la opinión pública, el nombre de Unamuno va unido a la demanda de responsabilidades»³⁵. La solución para el gobierno, en vez de armarle con contestaciones extravagantes y pintorescas, habría sido, sin duda, no hacerle caso, pero el orgullo de Primo no le permitía pasar por alto los ataques de Unamuno a su capacidad intelectual.

La desesperación de don Miguel frente a la situación anticonstitucional del momento se intensificó dramáticamente a finales de 1923, cuando Unamuno envió al extranjero dos cartas que describieron su estado de ánimo bajo el Directorio. En diciembre la revista *Nosotros*, de Buenos Aires, publicó una carta de carácter privado que Unamuno había escrito a un amigo español residente en la Argentina. Es el grito acongojado de un hombre —inteligente, desde luego— que sentía profundamente la desvaloración de las normas civilizadas de conducta en su patria, e incluso el desprecio por la inteligencia y la percepción individual que era manifiesto en la vida pública. Sin mencionar al rey, Unamuno dijo que la actitud se encontraba en los niveles más altos del Poder, o sea, Primo de Rivera y Martínez Anido: «Yo creí que ese ganso real que firmó el afrentoso manifiesto del 12-IX, padrón de ignominia para España, no era más que un botarate sin más seso que un grillo, un pelicularo tragicómico, pero he visto que es un saco de ruines y rastreras pasiones, o un fantoche del lóbrego y tenebroso Martínez Anido, el dueño de esta situación tiránica»³⁶. Afirmó que el Directorio Militar representaba una amenaza clara para la civilización y cultura españolas mientras el pueblo no comprendiera los efectos morales de su propia indiferencia. Su frustración no conoció límites: «da vergüenza ser español y de que haya hombres civiles, que se crean honrados, que colaboren con esa gentuza corroída de rencores de lenocinio»³⁷.

En lugar de provocar un sentido elevado de deber cívico, el Directorio prefería fomentar los instintos oscuros del pueblo para lograr sus fines. Unamuno creyó que lo más peligroso era la invitación a la denuncia secreta que «ha remejido el pozo ponzoñoso de la que Menéndez Pelayo llamó la 'democracia failuna' española, el sentido dogmático inquisitorial, y se está viendo al descubierto el terrible cáncer de España, que no es el caciquismo, sino la envidia. Envidia, envidia; odio a la inteligencia»³⁸. En esta carta

³⁵ ESPLÁ, Carlos: *Una muno, Blasco Ibáñez y Sánchez Guerra en París* (Buenos Aires: Araujo, 1947), pp. 22-23. Desde su destierro en Francia, Unamuno confirmó la ignorancia del Directorio: «Y es que son tan brutos, han vivido tan al margen de la vida cultural de España, que era y sigue siendo posible que un español se haga, como me he hecho yo una reputación mundial, adquiera autoridad en todo el mundo civilizado y aun más allá de los países de lengua española, sin que ellos se enteren», *Mi pleito personal*, «Hojas Libres», núm. 5, 1 de agosto de 1927, p. 2.

³⁶ UNAMUNO: *Carta «Nosotros»*, núm. 175, diciembre de 1923, p. 520.

³⁷ *Ibid.*

³⁸ *Ibid.* Esta idea figura también en un artículo de la época: «Y hay un vicio trascaínescos —permítaseme la expresión— sin la grandeza trágica del vicio del hermano de Abel. Es el odio que a la inteligencia y, sobre todo, a la personalidad,

reaparece también la polémica que había sostenido Unamuno con Maeztu, la cual don Miguel vio como un síntoma más de la amplitud de la decadencia cívica, ya que ahora se revelaba entre los intelectuales:

La lepra carlista de los vencidos en 1820 y en 1840 y en 1876 vuelve a brotar; curas y curoides, sacristanes, furrieles y asistentes ratés (como Maeztu y [Francisco] Grandmontagne) se ponen al lado de esta porquería de suspensorio. Y blasfeman exclamando: ¡Justicia! No, de la justicia no se les da un ardite. Que no es justicia insultar a uno e impedirle que se defienda en público, ni es justicia dejar pasar lo que dijo Silvela, de que parte del dinero del juego iba al gobierno civil de Barcelona, y no investigar qué hacían con él el Martínez Anido «ese» y la hiena de presa, el Arlegui que le sirve. Y ese repugnante papel higiénico [*El Sol*], aplaude a esa canalla³⁹.

Si el antiguo régimen se mantenía en el poder por medio de mentiras y engaños, el nuevo tampoco se distinguía por su tono ejemplar: «Nos están deshonrando. Y luego, mentir, mentir, mentir. Atribuirse, mintiendo, no equivocándose, la casi unanimidad de la opinión pública y mentir en cada problema que atacan»⁴⁰. Unamuno vio que la política del Directorio, y de una manera más permanente, la de la Monarquía, llevaban al país hacia una división irreparable: «¡Pobre España! ¡Pobre España! Dan ganas de morir. ¡Basta, que lloro de veras!»⁴¹.

En otra carta casi simultánea a la que apareció en *Nosotros*, Unamuno escribió a *Le Quotidien*, diario republicano parisiense que desempeñaría un papel importante durante su destierro, para intentar agitar la opinión pública internacional con respecto a lo que ocurría en España. A finales de 1923, se publicaron fragmentos donde hablaba Unamuno de «cette pauvre Espagne, aujourd'hui victime de la réaction la plus barbare. Une réaction des temps troglodytiques»⁴². El vocabulario databa de los años de la primera guerra mundial, pero ahora iba destinado a la creación de un público más allá de los límites de la «hispanidad». Tal público tendría que ser, en su mayor parte, intelectual, y Unamuno dirigió sus comentarios a los que más sintieran la desgracia cultural de España.

Llamó el manifiesto del 12 de septiembre «une suprême ignominie

a la originalidad, profesan los tontos enconados, los esclavos de la ramplonería, los siervos del mero sentido común», *Vagancia mental*, «El Liberal» (Madrid), 25 de mayo de 1924, p. 1.

³⁹ *Ibid.*, pp. 520-21. Francisco Grandmontagne y «El Sol» respondieron el 22, 23 y 24 de julio de 1924. Desde el destierro Unamuno repitió sus ataques a Maeztu: «... otro pobre alucinado que le provee [a Martínez Anido] de doctrina fascista, que es Ramiro de Maeztu, enfermo también y maniático», *Moloch Horridus*, «Hojas Libres», núm. 2, 1 de mayo de 1927, pp. 17-18.

⁴⁰ *Ibid.*, pág. 521.

⁴¹ *Ibid.*

⁴² UNAMUNO, carta a *Le Quotidien* (París), 29 de diciembre de 1923, p. 3.

pour la patrie» porque, como dijo también en la carta publicada en *Nosotros*, se invitaba la denuncia secreta, «et ainsi s'est ouverte une période de persécution de l'intelligence». Aunque fue Unamuno uno de los que más sufrieron de esta persecución, el problema personal perdía importancia frente al ataque más amplio que se hacía a los derechos intelectuales de todos los españoles. Añadió que, después de la publicación del manifiesto, «la vie intime des Espagnols que aiment la liberté, la justice et l'humanité est un enfer. Nous devons supporter que, chaque jour, le Pouvoir public insulte les plus nobles sentiments et excite les plus basses passions»⁴³. El ataque a la inteligencia, aunque peligroso, era sólo la vanguardia de un ataque a todos los derechos constitucionales. El humanista, el profesor, el erudito, el antiguo presidente de la Liga Española de los Derechos del Hombre, el hombre que había dedicado más de treinta años a la formación moral y espiritual, no sólo de los jóvenes sino, a través de sus escritos, de todos sus compatriotas, veía la destrucción próxima de todo lo que creía.

Había que reconocer que el peligro tenía sus raíces en lo más profundo de la existencia nacional: «ese sentimiento natural y animal, no espiritual y humano, ese sentimiento de venganza y no de justicia, brota y se desarrolla más allá donde una mala educación, una deseducación, diríamos, popular contrarresta y destruye toda la armonía de la cítara. ¡La cítara! La cítara es aquí símbolo de la intelectualidad»⁴⁴. La única solución, aunque difícil e idealista, sería mejorar la preparación intelectual de la patria, como declaró en una conferencia pronunciada en el Círculo Socialista de Bilbao en enero de 1924: «Y lo que se necesita es tener gente inteligente; no teniendo inteligencia no salvan ni la buena intención. Lo que hace falta es, sencillamente, inteligencia y competencia»⁴⁵. Le pareció que ni el Directorio ni la Monarquía encarnaban las calidades necesarias.

Se precisaba una vigorosa actividad política que permitiera la discusión franca, no sólo del régimen actual, propósito algo limitado, sino de toda la dirección espiritual de España. Toda la actividad pública de don Miguel entre octubre de 1923 y enero de 1924, tenía como intención arrinconar al gobierno, pero no cabe duda que fueron contraproducentes sus provocaciones. El gobierno se aferraba a una censura que daba a escritores como Maeztu, que favorecían al Directorio, la oportunidad de criticar a liberales, como Unamuno, mientras que a estos últimos les era siempre más difícil publicar sus opiniones hostiles al régimen. La política confusa del gobierno con respecto a la censura se revela en una entrevista de Primo de Rivera en febrero de 1924 cuando afirmó: «Yo creo que no hay ningún

⁴³ *Ibid.*

⁴⁴ UNAMUNO: *No saben tocar la cítara*, «Nuevo Mundo», 21 de diciembre de 1923, p. 3.

⁴⁵ *Conferencia de Unamuno en el Círculo Socialista de Bilbao*, «El Socialista» (Madrid), 16 de enero de 1924, p. 1.

tema, por atrevido que sea, que no puede desenvolverse doctrinalmente, ni creo que haya habido temas de carácter social, agrícola o político que tachara la censura. Ahora bien, cuando no se trata de orientaciones, sino de rumores falsos o de profecías para el porvenir y de cosas no confirmadas, esa ya no puede pasar»⁴⁶. Tal actitud iba en contra de todo lo que exigía Unamuno, porque reducía la expresión de ideas a la propaganda y a la sencilla difusión de noticias, ambas necesariamente favorables al régimen. El deber de los intelectuales era llenar el vacío y todo intento de apartar a los hostiles al gobierno, imputándoles una falta de patriotismo, era una falsificación deliberada tanto de la realidad como de la potencialidad nacionales, tendencia que existía bajo el antiguo régimen y que se acentuaba bajo el nuevo: «¡Acallar las discordias civiles? ¡Todo lo contrario! Sólo ellas hacen la grandeza de la patria. O mejor, sólo hay patria donde hay opinión pública, política. Y no puede haber opinión pública política donde no hay discordia. La ortodoxia, y más si es obra de la Inquisición, es la muerte de la fe»⁴⁷. El deseo del pueblo de ignorar lo que pasaba, su resignación frente a la actitud del régimen, y hasta la existencia misma del Directorio Militar se debían justamente a esa carencia de controversia política.

Unamuno nunca sugirió que sólo los intelectuales debieran gobernar el país, ni creía que estuvieran capacitados para ello, pero creía que siempre representaban la expresión de la conciencia colectiva de la nación. La supresión de esta conciencia traería la muerte de la civilización nacional, ya que «la civilización, la cultura, la libertad, la justicia sólo viven por la política y con la política, y la política no vive sino de las discordias civiles y gracias a ellas»⁴⁸. La lucha por estos valores fundamentales era aún más necesaria en aquellos momentos porque constituía la única defensa contra el Directorio donde «están pretendiendo regirnos no los más violentos, no los más fuertes, no los más desenvueltos, sino los más ineptos, los menos inteligentes»⁴⁹. No había compromiso posible.

El destierro

En febrero de 1924, sin explicaciones públicas, Primo de Rivera desterró a Unamuno a la isla de Fuerteventura. Don Miguel no ocupaba ningún puesto político, ni gozaba de verdadero poder; carecía de base popular y sólo representaba la hostilidad abierta y sincera de un sector limitado del país. Vio que el general había cometido un error táctico que él resolvió convertir en victoria publicitaria para despertar a la intelectualidad español-

⁴⁶ *Dialogando con Primo de Rivera*, loc. cit.

⁴⁷ UNAMUNO: *Animo mostrenco*, «El Mercantil Valenciano», de 8 de febrero de 1924, p. 1.

⁴⁸ *Ibid.*

⁴⁹ UNAMUNO: *Morirse de risa*, «La Nación» (Buenos Aires), 26 de febrero de 1924, p. 6.

la y, a través de ella, al pueblo. Aceptó el destierro sin protestar y se dejó victimizar para que apareciera de una manera tangible la división interna de España de que tanto había hablado. Después de un período de aparente tranquilidad durante el cual permitió que crecieran la indignación y las protestas de los intelectuales de Europa y América, reanudó la lucha. Las expresiones de protesta en favor de Unamuno fueron numerosas y elocuentes y la de Gabriel d'Annunzio es característica:

Mis jóvenes amigos de Francia, queridos hermanos latinos de arte y de armas. Estoy con vosotros, enteramente con vosotros para vindicar el inviolable espíritu y el estilo inviolable contra la bestia triunfadora.

La España luminosa de nuestros sueños se nos aparece hoy como una pobre aldea apagada... Hay que marcar a ese general subalterno enmascarado de tiranuelo picaresco. Hay que marcarle en la frente la quemadura con un hierro en ascuas que lleve la figura del macho cabrío de Flaubert.

Y, sin embargo, no podemos menos de sonreír al considerar a ese soldadote zafio, que hace gracias y que cocea, cruzando su sable de madera pintada con la sutil y formidable pluma del gran escritor.

Pero, ¿el mismo Miguel de Unamuno no deja, en el Reino sumido en las tinieblas una especie de claridad inextinguible?... Es la sonrisa de su desdén, de su ironía. ¡Oh, mis jóvenes hermanos!... y tal vez de su amor que no ha sido vencido⁵⁰.

No toda la opinión apoyó a Unamuno. *El debate*, de Madrid, diario católico conservador, publicó un artículo que aplaudió con entusiasmo la acción del Directorio, pretendiendo que «ha venido existiendo hasta ahora en España una casta de hombres que, en virtud de no sabemos qué ignotos privilegios, gozaba de la más absoluta licencia para hablar, obrar y escribir a su antojo, sin el menor respeto a leyes divinas ni humanas, y haciendo caso omiso de toda autoridad, gracias a la negligencia y el abandono de sus representantes»⁵¹. Este juicio provocó una reacción fuerte en el ambiente liberal. A pesar de los rigores de la censura militar, *El Liberal*, de Madrid, logró publicar una carta abierta a Primo de Rivera en la cual señaló las implicaciones del destierro y la impresión que podría producir entre los intelectuales extranjeros. En defensa de hombres quienes, como Unamuno, son «genios de la raza», dijo *El Liberal* en primera plana:

Esta clase de hombres, excelentísimo señor, cuando dejan de representar el honor espiritual de un pueblo y pasan a ser la representación de un dolor, son para el mundo el símbolo de una definitiva disgregación social de su Patria. Las leyes rigen igualmente para todos; pero por propio impulso la ley se detiene ante el umbral de la casa que el trabajo

⁵⁰ Citado por Eduardo Ortega y Gasset, *ob. cit.*, pp. 255-56.

⁵¹ *Justo y popular*, «El Debate» (Madrid), 23 de febrero de 1924, p. 1.

del hombre de genio ha convertido en templo del espíritu nacional. Y la noticia de que el templo ha sido profanado para castigo de una palabra o de una idea, se recibe como una impiedad, que excita las iras del cielo contra el pueblo que la ha cometido.

General, España necesita que se levante el castigo injusto a don Miguel de Unamuno. No se trata de reclamar un aflojamiento de los atributos de la autoridad, incompatible con la significación que se atribuye al actual régimen. Se trata simplemente de declarar ante el mundo que en esta Patria nuestra, en medio de las luchas inevitables para su renovación política, se rinde el mismo tributo que en los demás pueblos cultos, y sin excitaciones ajenas, a los derechos de la inteligencia, reparando a tiempo los agravios que la pasión de la contienda pudo causar sin querer⁵².

Sin embargo, la respuesta del general no dejó lugar a dudas sobre la posibilidad de permitir la expresión de opiniones ajenas a las del Directorio. En su contestación a la carta de *El Liberal*, Primo escribió:

... no cabe con el señor Unamuno indulgencia alguna, como no sea la que ya lleva en sí la lenidad de la medida tomada, más que para mortificarle y menos para corregirle —es notoriamente incorregible— para que sepa la juventud española de aquí y de fuera que proceder como el señor Unamuno lo hace a diario es sancionable inexcusablemente. Si ustedes han leído la carta origen de la sanción, encontrarán ésta justa, pues ella contiene todas las procacidades y todas las chabacanerías, incluso la de remoquetear al órgano gobernante con un nombre que aconsona con el real y es el correspondiente a un aparato ortopédico de uso entre vulgar y obsceno. ¡Qué derroche de ingenio! Lo que no aparece en el trabajo —ni en ningún otro de los muchos que he leído del mismo señor— es una sola idea digna de recogerse y estudiarse⁵³.

Pocas semanas después, en una entrevista en el diario parisiense, *Le Figaro*, Primo trató de justificar la orden de desterrar a Unamuno frente a la opinión extranjera:

L'opinion étrangère devrait d'abord se renseigner sur le sens exact de l'exil de cet homme. L'incompréhension est complète à ce sujet. On prend le châtiment d'un vulgaire pamphlétaire pour de la persécution systématique. Unamuno est l'homme des campagnes subversives, de menées occultes préjudiciables à l'Espagne.

Dans aucun pays du monde, d'ailleurs, aussi bien en France qu'en

⁵² Carta abierta al excelentísimo señor presidente del Directorio Militar, General Miguel Primo de Rivera, «El Liberal» (Madrid), 2 de marzo de 1924, p. 1.

⁵³ El presidente del Directorio contesta a la carta abierta de «El Liberal», «El Liberal» (Madrid), 4 de marzo de 1924, pág. 1.

Amérique, où la liberté de la presse est pourtant à son apogée, on ne saurait tolérer qu'un écrivain use de son titre de savant comme d'une immunité politique pour attaquer basement son pays, comme l'a fait Unamuno, allant jusqu'à proclamar sa honte d'être Espagnol⁵⁴.

Acusarle a Unamuno de subversivo y sigiloso era desconocer por completo su personalidad, a lo cual la intelectualidad extranjera no se mostró insensible. Tanto Primo de Rivera como Unamuno sabían que el castigo era excesivo y absurdo y las justificaciones públicas del general sólo contribuyeron a la imagen anti-intelectual del Directorio.

Sin duda, uno de los que más habían militado por el destierro de Unamuno fue la eminencia gris del gobierno, Severiano Martínez Anido, cuya hostilidad hacia los intelectuales fue bien conocida, así como su poderío dentro del régimen donde, según Unamuno, inspiraba más terror que admiración. Huía de toda publicidad, pero siempre se sentía su influencia detrás de las acciones más espeluznantes del Directorio. Según Eduardo Ortega y Gasset, al hacerse pública la orden del destierro, Martínez Anido exclamó a Gregorio Marañón y Luis de Tapia:

—Yo cortaré varias cabezas de «intelectuales» para que no molesten más. Si yo pudiera realizar mi programa, Unamuno no llegaría vivo a Fuerteventura. ¡A mí me tienen sin cuidado los «intelectuales»!⁵⁵.

Ortega y Gasset admite que ha sustituido «ciertos enérgicos y groseros vocablos que empleaba el general». Unamuno consideraba que Martínez Anido, más que Primo que le parecía fanfarrón, y más que el rey que le parecía débil e indeciso, era la presencia más peligrosa dentro del Directorio, y nunca dejó de atacarle desde el destierro.

El Directorio había dado una importancia exagerada a la participación real de Unamuno en la vida política nacional y la entereza intelectual de don Miguel recibió un impulso incalculable con el destierro, a pesar de los múltiples sacrificios personales. *El Sol* declaró que «España necesita para reconstituirse que cada cual trabaje en su propia esfera de acción. La del señor Unamuno está bien delimitada por sus estudios y sus aptitudes, y fuera de ella sólo puede actuar como disolvente y desconcertado»⁵⁶, pese a que, las acciones del Directorio justificaron la atención que se prestó a las opiniones de Unamuno. Desde su destierro, don Miguel se convirtió en símbolo consciente de la intelectualidad española y se dedicó a poner de relieve el peligro que corría la patria si se permitía la continuación del Direc-

⁵⁴ Citado por BEKAERT, *ob. cit.*, pp. 21-22.

⁵⁵ ORTEGA Y GASSET: *ob. cit.*, p. 258.

⁵⁶ «*El Sol*» y *Unamuno*, «*El Sol*» (Madrid), 23 de julio de 1924, p. 1.

torio y la Monarquía. Meditando sobre el significado del destierro de Unamuno, Pérez de Ayala comentó: «Se responderá que la política no tiene entrañas. Replico que la política sin entrañas demuestra asimismo, carecer de inteligencia»⁵⁷.

VÍCTOR OUIMETTE
Associate Professor
Department of Hispanic Studies
McGill University
Montreal, Canadá

⁵⁷ PÉREZ DE AYALA: *art. cit.*, p. 9.